

Tendencias actuales en el Trabajo Social uruguayo. Hacia un campo profesional envejecido?

**Mónica De Martino
Bermúdez**

Doctora en Ciencias Sociales.
Docente e Investigadora.

Celmira Bentura

Profesora Asistente.
Candidata a Master en Trabajo Social.

Alejandra Melgar

Licenciada en Trabajo Social.
Departamento de Trabajo Social, Facultad
de Ciencias Sociales de la Universidad de
la República - Udelar, Montevideo.

*Tendências atuais no Serviço Social uruguaio.
Rumo a um campo profissional envelhecido?*

*Current trends in Uruguayan Social Work. An
aging profession?*

R esumen

El presente artículo sintetiza algunas reflexiones acerca del futuro del Trabajo Social como profesión en Uruguay, a partir de la identificación de ciertas problemáticas que preocupan a las autoras. Aunque insertas en diferentes campos de actuación profesional, en estadios diversos en su formación, las tres tienen en común cierta mirada sobre las tendencias observables en el Trabajo Social uruguayo y creen poseer algunas respuestas. Partiendo de un diálogo entre la Sociología de las Profesiones y las elaboraciones de Pierre Bourdieu, intentan demostrar que el Trabajo Social como “campo”, en términos de este último autor, manifiesta un claro proceso de envejecimiento, que se expresa en un “habitus” profesional con escasa sintonía con el tiempo histórico-social. Frente a preguntas respecto a la responsabilidad que cabe al segmento académico en la reproducción de ese “habitus” y sobre los desafíos que plantea el perfil de los estudiantes de Trabajo Social, las autoras mapean problemáticas y insinúan ciertas líneas de interpretación.

Palabras clave: Trabajo Social, “habitus” profesional, campo profesional, envejecimiento del campo profesional.

R esumo

O presente artigo sistematiza algumas reflexões acerca do futuro do Serviço Social como profissão no Uruguai, a partir da identificação de problemáticas que vêm analisando as autoras. Embora inseridas em diferentes áreas de atuação profissional, e, também, em diferentes fases da formação acadêmica, as autoras compartilham um olhar comum sobre as tendências observáveis no Serviço Social uruguaio. Partindo de um diálogo entre a Sociologia das Profissões e as elaborações de Pierre Bourdieu, pretendem demonstrar que o Serviço Social como “campo”, conforme o define este último autor, manifesta um claro processo de envelhecimento, refletido em um “habitus” profissional que se encontra em escassa sintonia com o tempo histórico-social. Diante de perguntas a respeito da responsabilidade do mundo acadêmico na reprodução deste “habitus”, e dos desafios que coloca o perfil dos estudantes de Serviço Social, as autoras mapeiam problemáticas e insinuam certas linhas de interpretação.

Palavras-chave: Serviço Social, “habitus” profissional, campo profissional, envelhecimento do campo profissional.

A bstract

This article synthesizes some reflections about the future of Social Work as a profession in Uruguay, based on the identification of certain problems that are of concern to the authors. Although they work in different professional activities and at different educational levels, the three share a certain perspective about tendencies observed in Social Work in Uruguay and believe they have some responses. Based on a dialog with the Sociology of Professions and theories of Pierre Bourdieu, the authors demonstrate that Social Work as a “field” as understood by this author, is clearly in an aging process that is expressed in a professional “habitus” that has little harmony with its social-historical time. In light of questions about the responsibility of the academic sector in the reproduction of this “habitus” and about the challenges to the profile of the students of Social Work, the authors map analyses and propose certain lines of interpretation.

Key words: Social Work, professional “habitus”, professional field, aging of a professional field.

Mi problema fundamental es tratar de entender lo que me sucede.

Mi trayectoria podría describirse como milagrosa, supongo, un ascenso hacia una posición a la que no pertenezco. Por tanto, para tratar de vivir en un lugar en el mundo que no es el mío debo intentar comprender ambas cosas: qué significa tener una mente académica, cómo llega a conformarse y, simultáneamente, qué se pierde al adquirirla. Por este motivo, incluso aunque mi trabajo, todo mi trabajo, sea una especie de autobiografía, es un trabajo destinado a gente que tiene la misma clase de trayectoria y la misma necesidad de entender.

Pierre Bourdieu, 2000.

Tratando de interpretar tendencias

9 nstitucionalmente, la década de los 90 colocó como desafío la formulación y consolidación de una nueva institucionalidad académica para el Trabajo Social uruguayo -hoy concretizada en el Departamento de Trabajo Social- que encuentra su antecedente más inmediato en el Programa de Desarrollo de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales¹. A poco más de diez años de su implementación, que ha implicado además la consolidación de los programas de estudios de cuarto nivel, dicha institucionalidad nos indicaría que el Trabajo Social es hoy un interlocutor válido frente al elenco de las Ciencias Sociales. Esto trae aparejado como primer desafío reconstruir y asentar nuestra legitimidad profesional, aunque parezca paradójico.

Desde un punto de vista más amplio cabe destacar que la misma no depende solamente de los logros en términos de consolidación institucional pues toda profesión o disciplina científica y sus referentes institucionales son resultado tanto de esfuerzos intelectuales como también de procesos sociales, económicos y políticos en consonancia con el tiempo histórico-social. El incipiente nuevo siglo ofrece nuevas y sugerentes posibilidades para la ampliación del espacio profesional, no obstante la profesión debe estar a la altura de las circunstancias desarrollando su capacidad de respuesta. Creemos que existe consenso sobre lo que Netto (1996, p. 115) indica: para ello Trabajo Social deberá profundizar la investigación, la producción de conocimientos y el contacto con las Ciencias Sociales contemporáneas a riesgo de convertirse en “un ejercicio profesional residual”.

Históricamente nuestra profesión ha revisado periódicamente, en el acierto o en el error, las orientaciones ético-políticas de sus estrategias de acción y las bases teóricas sobre las cuáles éstas se asentaron. Muchas de ellas, es obvio decirlo, se caracterizaron o aún se caracterizan por su “externalidad” respecto al campo

profesional². Si bien existe bibliografía de referencia indiscutible (IAMAMOTO; CARVALHO, 1986; NETTO, 1996), esta profesión, que se expresa a través de múltiples prácticas y referenciales teóricos y que asume diversas funciones socio-institucionales no ha sido seria y actualmente investigada *in totum* por sus propios agentes para el caso uruguayo, salvo recientes excepciones. Un mayor contacto con la sociología de las profesiones tal vez permita superar cierto déficit objetivo, entiéndase colectivo, de saber sobre lo que somos. Desde esta primera perspectiva, con la cuál no coincidimos en términos epistemológicos, intentaremos realizar una primera aproximación al debate teniendo claro que el análisis de toda profesión carece de sentido si no incorpora las tendencias macroscópicas involucradas.

Cabe realizar algunas precisiones. Fue en los países capitalistas centrales – especialmente Estados Unidos con la figura de Parsons – donde históricamente se ha producido una literatura sociológica especializada en el estudio de las profesiones. Son variados los estudios que, tomando como objeto empírico ciertas fracciones de la fuerza de trabajo –aquella que para desarrollar sus tareas deben cumplir estudios de nivel medio o superior – se proponen investigar el proceso de profesionalización. Es decir, el proceso por el cual las ocupaciones, como especializaciones técnicas en el mercado de trabajo, adquieren el ethos y el modelo organizacional de profesiones³.

Diversos autores anglosajones definen a las profesiones como ocupaciones que exigen una preparación académica prolongada y sistemática (licencia), el control del desempeño individual por los propios pares (Código de Ética) y la legitimación de la acción profesional en nombre de la prestación desinteresada de ciertos servicios a la comunidad, denominado por los parsonianos como “ideal de servicio”. Este proceso generalizado lo cumplirían todas las ocupaciones surgidas en la división técnica del trabajo (MARTÍN MORENO; DE MIGUEL, 1982).

Pero lo que la literatura predominante no señala es que, en última instancia, dicho proceso busca regular legal, ética o corporativamente, la competencia económica tanto entre los miembros de una categoría profesional como entre categorías laborales. Parecería que las oposiciones de clase son suplantadas por la oposición entre categorías laborales. Obviamente, estas elaboraciones apelan a la esperanza durkheimiana de la “corporación de oficio” como fuerza controladora de la lucha de clases al traducirla solamente como luchas reivindicativas y políticas de segmentos ocupacionales, tal como se desprende de La División del Trabajo Social (DURKHEIM, 1982).

Este tipo de representaciones sobre la profesionalización generalizada del trabajo se fundamentan en una visión naturalizada y evolucionista a partir de la cual la industrialización se reduce a un proceso de división técnica del trabajo, que impone: (i) una diferenciación objetiva

de ocupaciones; (ii) su institucionalización; (iii) estímulos a una nueva moral basada en el altruismo; y (iv) una práctica científica auto-controlada⁴.

Tomemos, por ejemplo, a Freidson (1988,1998) que ocupa hoy una posición preponderante en el campo de la sociología de las profesiones en la medida que, junto a otros, provocó una crítica pertinente al estructural-funcionalismo dominante en la sociología norteamericana. Si Talcott Parsons (1939, 1951) analizó profesiones a partir de las auto-representaciones que sus propios agentes tenían de su trabajo, Freidson (1998), analizando el campo médico, señaló que, más allá del “ideal de servicio” parsoniano o el universalismo atribuido a tales grupos profesionales, la práctica profesional cotidiana demostraba tensiones y conflictos de diversa índole. El “ideal de servicio” quedó entonces al desnudo como una compleja ideología profesional.

Friedson (1998) en su último libro apela a la necesidad de abordar la especificidad histórica y geográfica de las profesiones como un tipo de organización del trabajo humano, rompiendo con enfoques de tipo taxonómico. Supera anteriores elaboraciones en términos de establecer los pre-requisitos necesarios tanto para que una ocupación se transforme en profesión como para que se institucionalice. No obstante, el autor remarca como principio fundamental y distintivo la autonomía y el control de los grupos profesionales sobre su propio trabajo. Pero, desliziéndose en un cierto estructuralismo, el autor indica que la división del trabajo funciona encorsetado por la organización social. Es decir, las negociaciones, reformulaciones y avances de una profesión se procesan dentro de límites ya establecidos: la división del trabajo aparece como inmutable, con fronteras tan férreas que solo permiten ciertas negociaciones al interior de cada categoría. Desde su perspectiva, parecería que no es fruto y objeto de la acción humana.

Una distinción teórica establecida por el autor nos parece sugerente: el principio ocupacional y el administrativo como coordenadas del trabajo profesional, basados en la legitimidad de estatutos racionales, legales o científicos. Pero parecería que el autor llega aquí a un punto sin salida en la medida que, en nuestra opinión, no llega a diferenciarlos totalmente. No obstante, destacamos de sus elaboraciones la necesidad que la sociedad acepte como legítimo el poder de una profesión de definir el problema que la ocupa y pre-ocupa y cuales son las posibles soluciones para él. En definitiva, lo importante es cómo los cuerpos profesionales pueden obtener la jurisdicción en determinadas áreas de la división del trabajo, produciéndose en este proceso la autoconstrucción profesional y sus auto-representaciones.

El capítulo octavo de esta obra es tal vez el que, para nosotras, tenga aportes más importantes en virtud de las tesis sobre desprofesionalización que allí se desarrollan. Esta última se relacionaría básicamente con: (i) el hecho de que los recursos con los que dispone el cuerpo

profesional son más decisivos que la propia naturaleza del conocimiento de la profesión a la hora de incidir en la división técnica del trabajo; (ii) el aumento de los controles burocráticos y de la automatización o rutinización de ciertas tareas – ya sea en áreas de trabajo de campo como en la propia vida universitaria; (iii) el proceso de proletarización, que posee como indicador básico la condición de asalariados de los agentes profesionales, si bien el autor recalca que tal condición ha caracterizado históricamente a muchas profesiones.

Estas tesis indicadas por Freidson (1998) nos provocan acuerdos y reparos. Por ejemplo, muchas de las actividades profesionales hoy se desarrollan en condiciones de una dependencia burocrática cada vez más compleja. Piénsese al respecto, por ejemplo, en la evolución realizada por la mayoría de las Organizaciones no Gubernamentales. Su dependencia financiera se ha deslizado desde organismos internacionales de diversa índole al Estado, vía tercerización de servicios. Como consecuencia el Estado ha conformado una intrincada red burocrática de contralores técnicos y financieros⁵. Otro buen ejemplo puede encontrarse en las redes informáticas y administrativas generadas a partir de la necesidad de individualizar a la “clientela” cada vez con mayor exactitud a partir de la inclusión del enfoque de riesgo en las Políticas Sociales⁶, lo que ha implicado la rutinización de ciertas actividades (realización de diagnósticos sociales a partir de formularios codificados, por ejemplo).

Respecto a la tesis de la proletarización, creemos importante destacar que hablar de ella en Trabajo Social implica desconocer su propia génesis ya que la profesión y su ejercicio se desarrolló en diversos dispositivos institucionales u organizacionales (ACOSTA, 1997; DONZELOT, 1986). Por otra parte, es ya sabido que el Trabajo Social, y no solo a nivel nacional, raramente ha ejercido un control absoluto sobre su ejercicio profesional y el producto del mismo (GRASSI, 1994). Lo que sí es algo evidente en términos de las relaciones establecidas como fuerza de trabajo, es que si bien históricamente la mayoría del cuerpo profesional se ha desempeñado como asalariado, hoy se agrega a esta especificidad la precarización del trabajo *in totum* (ANTUNES, 1995; CASTEL, 1997). Particularmente en nuestro país hoy son frecuentes los contratos a término, el apelo al voluntariado e inclusive la no exigencia del título habilitante para desempeñar las funciones profesionales. Esto último caracteriza a muchos de los recientes llamados a concursos para desempeñar funciones en diversos organismos públicos y privados. De ello resulta un mayor abaratamiento de la fuerza de trabajo de los agentes profesionales y estudiantes.

En segundo término, también el concepto de desprofesionalización - diferente al de proletarización - sería problemático para el análisis de nuestra profesión si se asocia solamente a procesos de innovación

tecnológica, especialización y a un creciente nivel educativo de los clientes. Lo que conjugado produciría tendencialmente para cualquier profesión “una mayor vulnerabilidad al control por grupos externos de legos” (TOREN *apud* DINIZ, 2001, p. 41)⁷.

Si estos elementos pueden percibirse como disolventes de las fuentes tradicionales de poder y legitimación profesional en términos generales, para el Trabajo Social creemos que, por el contrario, se presentarían como signos de una mayor profesionalización, en términos de conocimientos y destrezas más específicas. El control del ejercicio profesional por parte de “los clientes” deviene, para nosotros, en un imperativo ético ante la impunidad que gozamos ante los resultados de nuestra intervención. En definitiva, esta posible vulnerabilidad ante una clientela crítica podría bien incentivar la necesidad de establecer nuevas formas de relación con el usuario basadas en lo que hemos dado en llamar una “ética de la reciprocidad” (DE MARTINO, 2002).

En virtud de los puntos que nos distancian de Freidson (1998), consideramos oportuna la distinción teórica realizada por Whalley, en diálogo con Braverman (1977) quien, como sabemos, ha inspirado ciertas producciones en Trabajo Social. Debatendo la tesis de la degradación y descalificación del trabajo de Braverman, Whalley (*apud* DINIZ, 2001, p. 112) recalca que tales tesis deben tener como norte teórico el concepto de carrera y no el de tarea o posición ocupada. Por lo tanto sugiere la necesidad de distinguir entre: (i) descalificación de la carrera y no de la tarea o de las posiciones objetivamente ocupadas en el proceso productivo, hacia lo cual apunta Braverman; y (ii) descalificación de la posición ocupada y descalificación del profesional.

A partir de estos autores, intentaremos definir primariamente el núcleo central de nuestras preocupaciones: percibimos en el Trabajo Social uruguayo tendencias que nos hablan de una cierta y futura descalificación de la carrera y de ciertas posiciones ocupadas. Se abren, además, algunas interrogantes sobre la calificación de los futuros agentes profesionales. También nos preguntamos, siguiendo a Friedson (1998): ¿cuál es el principio fundamental y distintivo para que el cuerpo profesional logre la autonomía y el control de su propio trabajo e incida sobre la división del trabajo asistencial?

Dados los puntos sobre los cuales poseemos ciertas diferencias con las producciones provenientes de la sociología de las profesiones, pensamos que el arsenal teórico de Bourdieu nos permitirá delinear algunas interpretaciones acerca de tales tendencias e interrogantes.

Habitus, interés y espacios en tensión

Como ya dijimos, creemos que el potencial explicativo que nos permite la obra de Bourdieu es muy valioso, es-

pecialmente para develar los mecanismos profundos del poder y las dinámicas institucionales y profesionales. Desde esta perspectiva, explorar el “habitus” profesional que la academia produce y reproduce es de fundamental importancia. “Habitus” entendido como:

[...] el sistema de disposiciones durables, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, esto es, como principio que genera y estructura las prácticas y las representaciones que pueden ser objetivamente ‘reglamentadas’ y ‘reguladas’ sin que por eso sean el producto de obediencia de reglas, objetivamente adaptadas a un fin, sin que se tenga necesidad de proyección, consciente de este fin del dominio de las operaciones para alcanzarlo, pero siendo al mismo tiempo, colectivamente orquestada sin ser el producto de la acción organizadora de un maestro (BOURDIEU *apud* ORTIZ, 1983, p. 15).

Siguiendo a Bourdieu (1999) la práctica se traduce por una estructura estructurada y estructurante y el *habitus* no sólo es aplicable a la interiorización de normas y valores sino que alude también a los sistemas de clasificaciones preexistentes a la acción. Debemos tomar en cuenta que esas actitudes y concepciones permanentes y durables que lo conforman, si bien al originarse contienen una inmensa capacidad creativa, también en muchas oportunidades bloquean otras proyecciones. Por lo tanto, el “habitus” toma su sustento en “esquemas generativos” los cuales, por un lado, anteceden y orientan la acción y, por otro lado, se encuentran presentes en el origen de otros “esquemas generativos” que presiden la aprehensión del mundo desde el punto de vista del conocimiento.

El ejercicio o práctica profesional, conjunción de “habitus”, posiciones y situaciones, se desarrolla en el marco de un espacio que va mas allá de las relaciones entre los agentes y al que Bourdieu definiera como campo. Según el autor (1989, p.84), todo comportamiento está situado en un campo⁸ de acción particular, un sistema de evaluación y de prácticas que lo definen marcando las “reglas de juego”. Todos los agentes que interactúan en un campo tienen una posición relativa, de acuerdo a los recursos de que disponen y con los que pueden intervenir.

Cada campo ofrece a sus agentes “espacios de posibilidades” que se construyen históricamente y tienen relativa autonomía con las determinaciones directas del momento socio-histórico y económico. Pensamos que el espacio académico, en tanto “espacio de posibilidades”, “[...] define el universo de los problemas, de las referencias, de los referentes intelectuales” (BOURDIEU, 1999, p. 53-54). Pero ¿qué sucede cuando ese universo de problemas, referencias y referentes intelectuales en

lugar de estar demarcado por el espacio académico o por la propia profesión *in totum*, lo está por otras disciplinas? ¿Por qué Trabajo Social, en general, responde reactivamente, cuando lo hace, a propuestas o estímulos externos, provenientes de otros campos? Tomemos sólo dos ejemplos al respecto.

En primer lugar, la investigación en desarrollo sobre la institucionalización del campo socio-jurídico y las prácticas realizadas en él⁹, arroja como primeros resultados que, en el campo de la infancia y adolescencia en conflicto con la ley, las prácticas profesionales y los discursos sobre el tema hoy son conformados a partir de la “norma jurídica”, es decir, a partir del Poder Judicial, de los agentes profesionales del Derecho y del saber jurídico. Un indicador: el Trabajo Social no posee producciones recientes ni posición colectiva respecto al nuevo Código de la Niñez y Adolescencia promulgado en setiembre de 2004. Dicho Código es materia opinable a la hora de evaluar si se adecua con probidad la legislación nacional a la Convención de los Derechos del Niños y Adolescentes.

Lo cierto es que del informe de avance de referencia se desprende que, hoy por hoy, el ejercicio profesional del Trabajo Social en este campo temático está demarcado, en términos de problemas, espacios ocupados y referenciales teóricos y fácticos, por el “habitus y campo” jurídico. La producción académica sobre el tema es liderada básicamente por abogados. Históricamente el Trabajo Social ocupó lugares de relevancia en este campo (mandos medios institucionales que eran referentes en la jerarquía burocrática y también para el elenco político). ¿Nuevamente se perfila un Trabajo Social “para-jurídico”, al menos en este campo?

En segundo lugar, se observa una clara desinstitucionalización en el segmento académico de ciertas áreas tradicionales en Trabajo Social, como la salud, educación popular, etc. A esto se suma la ausencia de problemáticas que hoy desafían al Trabajo Social: drogadicción, juventud, trabajo infantil, transformaciones en el mundo del trabajo, derechos humanos, sistema carcelario, etc. Las prácticas pre-profesionales y los contenidos de las materias específicas de Trabajo Social abordan escasamente – y en algunos casos no lo hacen – estas problemáticas o “vertientes” del Trabajo Social (MELGAR, 2004). Los cursos de actualización permanente para egresados relacionados con tales ítems son escasos o prácticamente nulos si nos atenemos a la oferta de los mismos en los últimos años (BENTURA, 2005). No se trata tan solo de la lucha de ámbitos tradicionales versus nuevos espacios profesionales, posicionarnos de esta manera limitaría el análisis.

En definitiva, parecería que el segmento académico no habilita la recreación de “habitus” o “esquemas generativos” en tales áreas. Esto indicaría en términos de Whalley (*apud* DINIZ, 2001) que existiría una suerte de

descalificación de ciertos lugares o espacios del campo profesional, tanto desde el propio Trabajo Social como por parte de grupos o campos profesionales e institucionales externos. Siguiendo al autor, la vulnerabilidad del Trabajo Social frente a éstos últimos parece en aumento.

Desde otra perspectiva y retomando a Bourdieu (1977, 1989, 1992, 1993), podríamos decir que puede percibirse una tendencia al envejecimiento del campo profesional vinculado a la producción, en el ámbito académico, de un “habitus” profesional que tal vez no condice con las condiciones, demandas y problemas sociales en y sobre las cuales debe operar o funcionar. Escuchemos a Bourdieu (1993, p.111) atentamente:

Los agentes caen de alguna manera en la práctica que es la suya y no tanto la eligen en un libre proyecto o se ven obligados a ella por una coacción mecánica. Si es así, es que el habitus, sistema de disposiciones adquiridas en la relación con un cierto campo, se vuelve eficiente, operante cuando encuentra las condiciones de su eficiencia, es decir, condiciones idénticas o análogas a aquellas de las que es producto. Se vuelve generador de prácticas inmediatamente ajustadas al presente y aún al porvenir inscripto en el presente (de allí la ilusión de finalidad) cuando encuentra un espacio que propone a título de posibilidades objetivas lo que lleva en él a título de propensión (a ahorrar, a intervenir, etc.) de disposición (al cálculo, etc.), porque se constituyó por la incorporación de las estructuras (científicamente aprehendidas como probabilidades) de un universo semejante. En este caso, basta a los agentes dejarse ir a su ‘naturaleza’, es decir a lo que la historia hizo de ellos, para quedar como ‘naturalmente’ ajustados el mundo histórico con el cual se enfrentan, para hacer lo que es necesario, para realizar el porvenir potencialmente inscripto en ese mundo donde están como peces en el agua. El contra ejemplo es el de Don Quijote, que pone en práctica en un espacio económico y social transformado, un habitus que es el producto de un estado anterior de ese mundo.

El Informe del Segundo Censo de Egresados del Plan 92 de la Facultad de Ciencias Sociales (PERERA et al, 2004), realizado por la Unidad de Asesoramiento y Evaluación y financiado por la Comisión Sectorial de Enseñanza de la UDELAR, incluye una serie de entrevistas a académicos y a representantes disciplinarios de instituciones públicas y privadas empleadoras de egresados de las tres licenciaturas dictadas en nuestra Facultad. Estas entrevistas figuran en un documento denominado *Sistematización de Entrevistas realizadas en el marco*

del Proyecto – CSE – FCS (PERERA et al. [ca 2000])¹⁰. Nos remitimos a él en esta aproximación.

Respecto a Trabajo Social vale la pena reproducir algunas de las respuestas para fundamentar que existe un hiato importante entre formación académica e intervención profesional. Es decir, un hiato, en palabras de Bourdieu en la cita anterior, entre las condiciones objetivas que encuentra el egresado a la hora de ejercer su profesión y las posibilidades de “realizar el porvenir potencialmente inscripto” en el “habitus aprehendido”. Escuchemos a colegas insertos en instituciones empleadoras:

El Plan de Estudios actual tiene una fortaleza muy grande para el Trabajo Social particularmente que es este diálogo más fuerte e intenso con las Ciencias Sociales y con todo lo que es Teoría Social que de alguna manera era como un talón de Aquiles de la profesión [...]. Tal vez el plan es un poco frágil en términos de los espacios de la práctica. [...] tal vez pueda haber un corrimiento muy hacia lo teórico de la profesión. Uno lo ve en los desempeños de los profesionales de campo [...]. La estructura académica en Trabajo Social debería ser dada vuelta. Quienes orientan las prácticas deberían ser grados 4 o 5¹¹, porque es el núcleo duro de la profesión, es más difícil allí articular teoría y práctica. Y tal vez dar los teóricos los grados 3¹² [...] me preocupa más una actitud intelectual que una cuestión de contenidos en un Plan de Estudios [...] (Sector Público 2 – Instituto Nacional del Menor).

Si bien responden con buen sentido común desarrollado por la Facultad¹³, no tienen a pesar de estar prácticamente en el egreso, una buen práctica en el manejo de instrumentos metodológicos [...] tienen poco desarrollo práctico del instrumental básico para el trabajo de campo (Sector Público 1-Intendencia Municipal de Montevideo) (PERERA et al. [ca 2000], p. 23-24).

Hagamos lugar ahora a la palabra de algunos académicos:

Yo creo que aún nuestros estudiantes siguen saliendo de la Facultad con carencias fuertes en la formación para investigar a pesar de todo lo positivo que tiene la carrera para aprender a investigar. [...] Y desde el punto de la formación teórica [...] yo creo que aún existen déficit [...] Debilidades [...] la falta de articulación entre estos tres ejes (intervención, teoría e investigación) (Académico 1).

Y las debilidades es que esa articulación muchas veces no se logra y si bien el camino está andando todavía existen vacíos, que no logramos articular sobre todo las líneas de intervención con las teorías (Académico 3) (PERERA et al. [ca 2000], p. 18-19).

Creemos que todas las respuestas pueden ser interpretadas como enunciados que apuntan a un “habitus” y a una reproducción del mismo en la academia, no acorde a los actuales desafíos que Trabajo Social debe enfrentar. Parecería que aún permanecen “esquemas generativos” precedentes: (i) dicotomía entre teoría, práctica e investigación; (ii) investigación aún no incorporada como componente del ejercicio profesional; (iii) cierta negligencia respecto a los elementos técnico-operativos de la profesión que obviamente no son meramente operativos; (iv) estructura académica que asocia agentes portadores de mayor “capital” – grados más elevados del escalafón docente – con tareas supuestamente “más elevadas”, “ajenos” a la formación de grado, como sucede hoy en día en nuestra unidad académica. En definitiva, tales enunciados alertan sobre la necesidad de no olvidar que la práctica profesional es el resultado de una suerte de “complicidad ontológica” entre un “campo” y un “habitus” (BOURDIEU, 1997)¹⁴.

Pero además de preguntarnos sobre la constitución de un “habitus”, estructurado y estructurante, creemos que en nuestro país se ha diluido lo que Bourdieu ha denominado “interés” o “illusio”¹⁵, como pre-requisito para el funcionamiento del campo profesional. En otras palabras, y a modo de hipótesis, parecería que el Trabajo Social en Uruguay, con un corporativismo nacional y regional endeble¹⁶, no encuentra lugares donde expresar y debatir colectivamente el por qué los agentes profesionales, desde sus diversas inserciones, están dispuestos a colocarse en posición de “juego”. Esto hace también al envejecimiento del campo profesional. Trabajo Social parecería que ignora su “illusio” específica - al qué y por qué apostamos - y como ésta se expresa actualmente:

[...] como reconocimiento tácito del valor de las apuestas y propuestas en el juego y como dominio práctico de las reglas que lo rigen, que se diferencian según la posición ocupada en el juego dominante-dominado, ortodoxo-hereje y la trayectoria que conduce a cada participante a esa posición (BOURDIEU; WACQUANT, 1995, p. 80).

Nuevas generaciones, los académicos y el envejecimiento del campo profesional

Bourdieu y Wacquant (1995) enriquecen el concepto de “envejecimiento” al recrear los conceptos de juventud y

generación. Bourdieu (1992) y sus seguidores permitieron romper con ciertas concepciones predominantes sobre la juventud, desnaturalizándolas. Para estos autores, dentro del análisis del campo educativo, las definiciones de “juventud” basadas en parámetros etarios ocultan “la oposición a otras generaciones”. La juventud, vista ahora como generación y no como una simple faja etaria, se asocia pues a la disputa y lucha por la ocupación de lugares de poder en el campo y, obviamente al concepto de clase social en la medida que ninguna generación -así como ninguna juventud- es “homogénea” (MARRERO; VISCARDI, 2003). La aplicación del concepto de generación abre las puertas para el análisis de las leyes que rigen el envejecimiento de un campo. Pero “para saber cómo se delimitan las generaciones, deben conocerse las leyes específicas de funcionamiento del campo, los elementos que están en juego y en disputa y las divisiones que operan en esta lucha” (MARRERO; VISCARDI, 2003, p. 475).

Investigar tales aspectos es algo que el Trabajo Social uruguayo aún se debe a sí mismo. Pero lo que sí está a disposición del colectivo profesional, al menos para iniciar el camino, son algunas características de las bases de reclutamiento de las nuevas generaciones. ¿Qué interrogantes plantea el perfil del estudiantado de Trabajo Social en términos de una posible futura descalificación de los agentes profesional y de la carrera en sí? En primer lugar veamos algunas características del mismo en base a los únicos estudios a disposición en nuestra Facultad.

El documento *Perfil de la Generación 2001 de la Facultad de Ciencias Sociales* (PERERA; MARTINEZ, 2002), realizado en la Unidad de Apoyo a la Enseñanza, arroja una serie de datos interesantes. El estudio constata que Trabajo Social es la licenciatura que recoge la mayor proporción de inscripciones (43.4%) e incremento de la población estudiantil femenina (más femenina que la de la Universidad en general) y estudiantes de menores edades. Pero agrega un dato que puede vincularse a la inserción del estudiantado en la estructura social: es la licenciatura que presenta la menor proporción de alumnos que han cursado estudios primarios y secundarios en el subsistema privado. Como indicador del contexto socio-económico y del capital cultural del alumno, el estudio toma el nivel educativo de los padres, dato que se complementa con el de la madre. El 60.80% de los padres de estudiantes de Trabajo Social de la generación analizada poseen un nivel educativo igual o inferior a secundaria completa. Sólo un 9.9% de los padres posee estudios universitarios completos. Llama la atención el alto guarismo que presenta la categoría Primaria Completa: 26.4%. Es decir, más de la cuarta parte de los padres del estudiantado posee un nivel educativo que culmina en estudios primarios. Mientras que Sociología es la carrera que muestra mayor porcentaje de padres con estudios universitarios (Universidad Completa: 19.40 % e Incompleta 11.70%). Respecto al nivel educativo de la madre, el 67.90% de las madres de los estudiantes de

Trabajo Social de esta generación poseen estudios iguales o inferiores a secundaria completa, y solo un 8.1% posee estudios universitarios completos (PERERA; MARTINEZ, 2002, p. 3-10, 19-20)¹⁷.

Veamos ahora algunos datos sobre éstas generación de trabajadores sociales que se desprenden del *Informe del Segundo Censo de Egresados del Plan 92 de la Facultad de Ciencias Sociales* (PERERA et al., 2004):

Son los que ingresan y egresan a edades inferiores en comparación con las Licenciaturas de Sociología y Ciencia Política. La edad promedio es 29 años. Además de presentar el más alto porcentaje de feminización, 95.8% (p. 9).

Predominan los egresados que viven en pareja (casados o uniones libres, 55%, y son los que más residen en hogares nucleares, 62%. Solo el 2.2% de los egresados no trabajaba al momento de la realización del estudio. Dentro de los que lo hacían un alto porcentaje aportaban 2/3 o la mitad de los ingresos al núcleo familiar (p. 10-11 y 38).

Tienen la mayor proporción de residentes en el interior, 28.3%, y la mitad cursaron los últimos años de educación secundaria también en el interior (p. 13).

Si bien las tres licenciaturas insumen cuatro años, solo un 12.7% de los egresados de Trabajo Social la culminaron en cinco años y tres meses, 28% demoró siete años y medio y más y el resto culminó sus estudios entre ambas fajas temporales. También son los que demoran más en realizar la monografía final de grado (un año y medio, aproximadamente) y los que pierden más exámenes. Tal vez estos factores expliquen el alto tiempo medio de cursado de la carrera o la alta deserción, ya que si bien la mayor parte de los egresados de la Facultad no proviene de Trabajo Social es la que presenta mayor cantidad de estudiantes (p. 16-18).

Las escolaridades son también más bajas. La escolaridad promedio es inferior a 7 mientras que para las otras dos licenciaturas es de 8, en una escala de 12 puntos. Por otra parte aproximadamente sólo uno de cada cuatro egresados tiene 8 de escolaridad mientras que para las otras licenciaturas es dos veces mayor (p. 18-19).

Respecto a las dificultades encontradas en el ejercicio profesional, entre los trabajadores

sociales adquiere particular relevancia 'el desprestigio de la profesión' (p. 52).

Una mirada más global y cercana la otorga un docente de la Licenciatura:

Hay una investigación parcial que hicimos con el Equipo de Metodología de la Intervención Profesional I en el 93-94 [...] en esa misma investigación se veía que era un perfil de mujer, joven, proveniente del interior del país y eso era lo mayoritario en el momento. [...] Y otro elemento sustancial en esa caracterización es que se combinaba la inserción laboral con el estudio, o sea, que era un estudiante-trabajador. [...] También vemos paralelamente a eso un deterioro en la condición económica. Si bien se percibe que sigue existiendo ese perfil de estudiante-trabajador, es que el trabajo se ha vuelto precario y por lo tanto también las condiciones materiales del estudiante son cada vez más dificultosas y eso lo vemos en las dificultades de acceder a información, en un empobrecimiento cultural más arraigado. El deterioro se ve crecientemente en cuanto al 'capital cultural', que nos permitiría decir que ahí hay un deterioro progresivo. Lo vemos nosotros en la dificultad de acceder a la lectura, en la comprensión de los textos. [...] Ahora es una cuestión más general, que tiene que ver con el empobrecimiento de todo el país, digamos y todas las influencias sociales. Estamos perdiendo en cuanto a espacios de socialización, ya sea de la política o de la cultura. Y ahí creo que los estudiantes se reclutan fuertemente en sectores cada vez más empobrecidos, habitantes de asentamientos precarios, con dificultades de todo tipo de servicios y que de alguna manera coincide con el perfil del usuario al que se orienta mayoritariamente el Trabajo Social. Todo esto en términos generales¹⁸.

Pero el perfil del estudiantado no sería completo si no analizamos las motivaciones por las cuáles los estudiantes optan por esta profesión. La investigación mencionada por el Prof. Sarachu en la entrevista citada arroja como resultado que, interrogados los estudiantes sobre tales motivaciones, las respuestas pueden agruparse en las siguientes categorías definidas por los autores: (i) solidaridad humana (14 respuestas); (ii) realización personal (10 respuestas); (iii) opción ideológica (5 respuestas); (iv) profesión eminentemente práctica (16 respuestas); (v) por referencias anteriores, conocimientos e información (13 respuestas); (vi) otros motivos – “vocación”, “por

casualidad”, “no me acuerdo”, “razones afectivas”, etc. (10 respuestas) (SARACHU; LEMA, 1995). En la entrevista citada *up supra*, uno de los autores de esta investigación señala, refiriéndose a la misma y a nuevas tendencias percibidas ya en los años 2000:

Y ahí seguía siendo la principal forma de acercarse dos grandes motivaciones que tenían que ver además con motivaciones generales de estudios que habíamos visto también en bibliografía más comparada de Brasil y Chile. Eran motivaciones puramente ideológicas que nosotros dividíamos en dos, políticas y religiosas [...] era el pilar que venía de la militancia católica en términos de distintas participaciones en parroquias, programas comunitarios de ese tipo y gente que venía con orientación de la militancia social, movimiento estudiantil, liceal o de otras Facultades y que accedía a la importancia de hacer una profesión que tuviera una vocación interventiva, digamos. Ese era el espectro. [...] A partir de ahí - se refiere al inicio de los años noventa cuando se crea el Departamento de Trabajo Social - creo que se fue consolidando cada vez más eso y crecientemente. Viendo las últimas generaciones se percibe que hay estudiantes que provienen de varias iglesias. [...] Sería interesante hacer un estudio y ver esa diversidad de iglesias que reclutan gente y de alguna manera terminan estudiando Trabajo Social. Lo que sí vimos nosotros por distintos comentarios, por dinámicas que aplicamos en clase y por distintos acercamientos que tenemos es algo que no se daba hasta el 95 o 96, eso de la diversidad de iglesias, gente de 'Cristo vive en mí', de iglesias protestantes y fundamentalmente de esas iglesias nuevas que han ido incrementando su participación.

Perera y Martínez (2002) complementan lo anterior. Trabajo Social es la licenciatura que posee estudiantes más “fieles”: las casi tres cuartas partes de los estudiantes declaran haberse inscripto sólo en esta Facultad estando seguros sobre su opción. Respecto a las motivaciones, el desarrollar una vocación se encuentra en mayor proporción entre los estudiantes de Trabajo Social (71.40%). Como segunda motivación el 79.7% respondió “Porque quiero ayudar a otras personas”.

En suma, en clara relación con el estilo de ejercicio de las tres carreras (o más precisamente, con la idea que los ingresantes tienen sobre ello), Sociología y Ciencia Política presentan mayoría de respuestas vinculadas a la motivación

por la investigación, y en Trabajo Social es mayoritaria la respuesta vinculada a ayudar a las personas (PERERA; MARTINEZ, 2002, p. 24).

Si tenemos en cuenta las bases de reclutamiento de los futuros agentes profesionales que se desprenden de lo anterior y las exigencias académicas acordes a todo proceso de profesionalización, el espacio académico deberá superar importantes desafíos. En primer lugar ¿cómo transmitir y recrear habitus profesionales acordes a este nuevo siglo cuando parecería ser que un número mayoritario de estudiantes se encuentra desprovisto de la “erudición” necesaria para entender el período de estudios como momento de formación de un proyecto intelectual?

En otras palabras, ¿cómo calificar a los futuros agentes profesionales, desde el segmento académico, si permanece aún la “vocación” (BOURDIEU, 1999; VERDÉS-LEROUX, 1986), el “ideal de servicio” parsoniano, ya sea confesional o políticamente fundamentado, como punto inicial de la trayectoria profesional? ¿Cómo hacerlo si sus motivaciones colocan en un lugar ambiguo al conocimiento, la investigación, la expansión cultural en el proceso de formación?

En segundo lugar y a modo de hipótesis, podríamos decir que el perfil del estudiantado brevemente reseñado indicaría, a futuro, que los “esquemas generativos y habitus” procesarán importantes mutaciones, provocando no solamente luchas intergeneracionales sino también internas en las nuevas generaciones. Futuras luchas por la distinción simbólica y fáctica en el interior del campo profesional. Si bien estas disputas no son nuevas en la historia de la profesión – conservadurismo versus renovación versus ruptura, etc.– creemos que sumarán otro signo, pues está en juego la propia calificación de la profesión. Tal vez ellas marquen distancia de una cierta auto-representación consensuada: el Trabajo Social como campo específico de las Ciencias Sociales y se asocien a una visión de la profesión como mero “oficio” o “profesión práctica” para ayudar a los demás.

El modo cómo se dirima esta lucha, que creemos se encuentra latente, debería perfilarse ya con meridiana claridad, máxime cuando está en juego la calificación de la carrera. O acaso ¿no sería un retroceso esquemas generativos, “habitus” profesionales que tan solo se relacionen con la mera empiria y un ejercicio profesional signado por una vulgar razón instrumental, más allá de buenas intenciones¹⁹?

Todo esto expresa nuestra preocupación por la descalificación del futuro agente profesional, pero no solo ello: si Trabajo Social recluta a los más “pobres” - hablando de manera un tanto radical pero gráfica - e indagados por los motivos de la elección de la profesión se suceden mayoritariamente respuestas de orden religioso, político o moral, por ende de carácter normativo-ideológico, ¿cuál será la futura naturaleza del conocimiento producido por Trabajo Social, al decir de Freidson (1998)? Retomando las tesis del autor: ¿cuál será el fundamento de la autoridad profesional? ¿El simple hacer y la preocupación por el prójimo? En definitiva: esto estaría indicando también una suerte de futura descalificación de la carrera que podría traducirse en un retorno a

mera “ocupación”. El cuerpo académico es quien tiene sobre sus hombros la mayor responsabilidad en torno a ello.

En definitiva, si estamos en el acierto, pensamos que Trabajo Social en Uruguay parece transcurrir lentamente hacia su envejecimiento, no solo en términos de generación de nuevos “habitus” sino también en una cierta imposibilidad de estructurar el campo profesional. Parecería que respondemos a demandas externas, que hemos perdido capacidad de propuestas y para ello basta pensar en el escaso o casi nulo diálogo constructivo, tanto en términos profesionales como políticos, con el nuevo elenco gubernamental, aunque la responsabilidad, en este caso, sea compartida.

¿Cuál será el futuro de nuestra profesión si los segmentos académicos no logran transformar las disposiciones intelectuales de las nuevas generaciones ante el conocimiento, en términos generales? ¿O no logran elaborar estrategias político-institucionales y pedagógicas que, a partir del perfil del estudiantado, permitan augurar el egreso de agentes capacitados que logren revertir los rasgos asociados a su extracción de clase? En otras palabras, como lo señala Melgar (2004, p. 91), si no se logra advertir y revertir que “es el propio ‘habitus’ profesional el que supone trabas para el avance del conocimiento así como también impone limitaciones para el desarrollo de la autonomía del Trabajo Social como campo profesional.” ¿Cuál será ese futuro si no se conforma un corporativismo lo suficientemente sólido como para transformar el cuerpo profesional en un agente colectivo que sea interlocutor válido para el elenco político nacional? O para el debate de políticas y estrategias profesionales a nivel regional.

¿Cuál será el futuro de nuestra profesión si los segmentos académicos no logran transformar las disposiciones intelectuales de las nuevas generaciones ante el conocimiento, en términos generales?

Acaso, y siendo extremistas, ¿nos resignaremos a que Trabajo Social corra el riesgo de ser una profesión “de segunda”, descalificada... o involucre a un formato de mera ocupación?

Profundizar el estudio de nuestra profesión y la necesaria construcción de un proyecto profesional *colectivo y consensado*, abierto a los debates y experiencias regionales, son condiciones *sine qua non* para poder desarrollar la investigación, la producción de conocimientos o saberes, y una práctica profesional autónoma, técnicamente pertinente y éticamente sustentada. Sin ello, aún en una nueva institucionalidad académica, Trabajo Social no podrá desarrollar investigación sustantiva, producir conocimientos ni desplegar estrategias de acción que no vayan más allá de la simple falsificación de la verdad de sus objetos y procedimientos.

Recebido em 28.04.2006.

Aprovado em 22.06.2006.

Referencias

- ACOSTA, L. E. *Modernidad y Servicio Social*. Un estudio sobre la génesis del Servicio Social en el Uruguay. Disertación (Maestría en Trabajo Social) - Esc. de Servicio Social, Univ. Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, 1997.
- ANTUNES, R. *Adeus ao trabalho?* São Paulo: Cortez, 1995.
- BENTURA, C. *Una aproximación al habitus profesional de los trabajadores sociales del campo de la salud*. 2005. Tesis (Maestría en Trabajo Social) - Dep. del Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales (FCS), Universidad de la República, Montevideo, 2005.
- BRAVERMAN, H. *Trabalho e capital monopolista*. A degradação do capital no século XX. Rio de Janeiro: Zahar, 1977.
- BOURDIEU, P. *O poder simbólico*. Lisboa: Difel, 1989.
- _____. *A economia das trocas simbólicas*. 3. ed. São Paulo: Perspectiva, 1992.
- _____. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa Editorial, 1993.
- _____. *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- _____. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- _____. *Doxa y vida cotidiana*. *The New Left Review*, Madrid, Ediciones Akal, n. 0, 2000. Entrevista de T. Egleton.
- BOURDIEU, P.; PASSERON, J.C. *La reproducción*. Barcelona: Laia, 1977.
- BOURDIEU, P.; WACQUANT, L. J. *Propuestas para una antropología reflexiva*. México: Grijalbo, 1995.
- CASTEL, R. De la peligrosidad al riesgo. In: AAVV, *Materiales de Sociología Crítica*. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1986, p. 219-243.
- _____. *La metamorfosis de la cuestión social*. Una crónica del salariado. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- DE MARTINO, M. La cosificación del método en Trabajo Social. *Revista Trabajo Social*, Montevideo, año VII, n. 14, p. 24-32, 1995.
- _____. Políticas sociales y familias. Reflexiones y desafíos. In: *Propuestas Educativo-Sociales hacia la integración social de niños, niñas y adolescentes*, Montevideo, INAME - UNICEF, p. 114-128, 2002.
- DE MARTINO, M.; LEGUIZAMON, F.; LEOPOLD, S. *O Serviço Social como profissão no campo sócio-judiciário: construção sócio-histórica, modalidades, problemas e desafios recentes na Argentina, no Brasil e no Uruguai*. 2005. Informe de avance. Proyecto Dep. de Trabajo Social, FCS, Udelar, Montevideo, 2006. Mimeografiado.
- DINIZ, M. *Os donos do saber: profissões e monopólios profissionais*. Rio de Janeiro: Revan, 2001.
- DONZELOT, J. *A polícia das famílias*. 2. ed. Rio de Janeiro: Graal, 1986.
- DURKHEIM, E. *La División del Trabajo Social*. Madrid: Ediciones Akal, 1982.
- FREIDSON, E. *Professional powers*. A study of the institutionalization of formal knowledge. The University of Chicago, 1988.
- _____. *Renascimento do profissionalismo: teoria, profecia e política*. São Paulo: Edusp, 1998. (Coleção Clássicos, n. 12).
- GRASSI, E. La implicancia de la investigación social en la práctica profesional del Trabajo Social. *Revista de Treball Social*, Barcelona, n. 135, p. 43-54, 1994.
- IAMAMOTO, M.; CARVALHO, R. *Relações sociais e Serviço Social no Brasil*. São Paulo: Cortez, 1986.
- MARTÍN MORENO, J.; DE MIGUEL, A. *Sociología de las profesiones*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1982.
- MARRERO, A.; VISCARDI, N. Una caja de herramientas para la sociología de la educación en Uruguay o la reivindicación de la teoría una vez más. In: MAZZEI, E. (Comp.). *El Uruguay desde la Sociología hoy II*. 2. Reunión Anual de Investigadores del Dep. de Sociología, FCS, Udelar, Las Brujas, 2003, p. 461-478.
- MELGAR, A. *Trabajo Social: aproximaciones al habitus profesional contemporáneo desde una perspectiva histórica*. 2004. Monografía final (Licenciatura en Trabajo Social) - Dep. de Trabajo Social, DTS, FCS, Udelar, Montevideo, 2004.
- MITJAVILA, M. La externalidad de los discursos contemporáneos sobre la investigación e Trabajo Social. *Fronteras*, Revista del Departamento de Trabajo Social, FCS, Udelar, Montevideo, n. 3, p. 53-60, jun. 1998.
- NETTO, J. P. *Capitalismo monopolista e Serviço Social*. São Paulo: Cortez, 1992.
- _____. *Transformações societárias e Serviço Social*. *Revista Serviço Social & Sociedade*, São Paulo: Cortez, v. 50, n. 96, p. 87-132, abr. 1996.

ORTIZ, R. (Org.). *Pierre Bourdieu*. Sociologia. São Paulo: Ática, 1983.

PARSONS, T. The professions and social structure. *Social Forces*, v. 17, n. 4, p. 457-467, Harvard University, 1939.

_____. *The Social System*. New York: Free Press, 1951.

PERERA, H.; MARTINEZ, A. L. *Perfil de la generación 2001 de la Facultad de Ciencias Sociales*. Unidad de Apoyo a la Enseñanza, Uruguay, 2002. También disponible en <www.fcs.edu.uy>. Enlace: Servicios Comunes – UAE – Documentos publicados.

PERERA, H. et al. *Informe del Segundo Censo de Egresados del Plan 92 de la Facultad de Ciencias Sociales*. Montevideo. Unidad de Asesoramiento y Evaluación. Oct. 2004. También disponible en <www.fcs.edu.uy>. Enlace: Servicios Comunes – UAE – Documentos publicados.

_____. *Sistematización de entrevistas realizadas en el marco del proyecto*. CSE, FCS, Udelar, [ca 2000]. Mimeografiado.

SARACHU, G.; LEMA, G. *Aproximación al perfil socio-motivacional del estudiante de Trabajo Social*. Informe Preliminar. DTS, FCS, Udelar, Montevideo, marzo 1995.

VERDÈS-LEROUX, J. *Trabalhador social*. Prática, hábitos, ethos, formas de intervenção. São Paulo: Cortez, 1986.

Notas

- 1 El mencionado Programa tuvo como objetivo prioritario incorporar el Trabajo Social a la también reciente Facultad de Ciencias Sociales a través de una estructura académica y curricular - Plan de estudios de 1992 - acorde a ese nuevo estatuto.
- 2 La bibliografía que a continuación se detalla posee un punto en común, analizado desde diversas perspectivas. A saber: cómo el Trabajo Social, tanto para la problematización de su componente investigativo como de su acervo metodológico, se ha basado en contribuciones provenientes de disciplinas “externas” al campo disciplinario, apelando básicamente y de manera fragmentaria, a las Ciencias Sociales y/o Humanas. El término “externalidad” lo hemos retomado del artículo de Myriam Mitjavila, cuyos datos bibliográficos se detallan a continuación. Ver: De Martino (1995); Grassi (1994); Mitjavila (1998).
- 3 Ver: Parsons (1939, 1951); Freidson, (1988, 1998).
- 4 Es sumamente interesante el debate establecido por Marli Diniz (DINIZ, 2001) con la vertiente teórica funcionalista.
- 5 Actualmente aproximadamente el 90 % de la financiación de las ONG tiene por origen fondos estatales a través del establecimiento de convenios con diversos organismos de orden público. (Datos aportados por la Asociación Nacional de Organizaciones no Gubernamentales-ANONG). La mencionada Asociación debate desde hace cierto tiempo las consecuencias de esta situación respecto a la independencia, capacidad crítica y testimonial de dichas organizaciones.
- 6 Al respecto ver Castel (1986).
- 7 De aquí en más las traducciones de las citas son de nuestra entera responsabilidad.
- 8 Bourdieu (1999, p. 84) considera los campos como “universos sociales relativamente autónomos” en los cuales se desarrollan los conflictos específicos entre los agentes. Es una red de relaciones objetivas entre posiciones que se definen por la forma en que la situación actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes formas de poder (capital) generan determinaciones a los agentes que las ocupan.
- 9 Proyecto “O Serviço Social como profissão no campo sócio-judiciário: construção sócio-histórica, modalidades, problemas e desafios recentes na Argentina, no Brasil e no Uruguai.” Presentado y aprobado ante el 33° Congreso Internacional de Trabajo Social a realizarse en agosto de 2006. Coordinadora General: Prof. Dra. Myriam Mitjavila (UFSC); Coordinadora Nacional (Rep. Argentina): Prof. Dra. Claudia Krmpotic (UBA – La Matanza); Coordinadora Nacional (Uruguay): Prof. Dra. Mónica De Martino (UDELAR). Nos referimos en este ítem al informe de avance realizado por De Martino, Leguizamon y Leopold (2006).
- 10 Señalamos que las autoras no han sido entrevistadas para la realización de este Proyecto, por lo tanto son otros/as colegas los/las que opinan. Parece éticamente pertinente esta aclaración.
- 11 Grado 5: Profesor Titular. Grado 4: Profesor Agregado. El/la entrevistado/a se refiere a los grados más altos del escalafón docente de nuestra Universidad que posee en total cinco grados de cargos docentes.
- 12 Grado 3: Profesor Adjunto, ubicado en el medio de la estructura del escalafón docente.
- 13 Subrayado nuestro. Nótese que el/la entrevistado/a habla de sentido común desarrollado por la Facultad, entiéndase en este caso Departamento de Trabajo Social.
- 14 Vale la pena traer al debate a Verdès-Leroux (1986, p. 13), quien sostiene que: “Formar agentes no consiste en proveerlos apenas de conocimientos técnicos, como bien lo demuestra la disparidad y la pobreza de contenidos de las enseñanzas, y sí, en constituir para ellos un ‘habitus’, esto es, un código de aprehensión y de respuesta capaz de preservar la legitimidad de su intervención, en la previsión de las dificultades funcionales y personales que no pueden dejar de surgir en el decorrer del conflicto de clases.”
- 15 La noción de interés es como una institución arbitraria, variable según el tiempo y el lugar. Illusio refiere a la inversión del juego, ligado a intereses y ventajas específicas. “En mi lenguaje diré que hay tantos intereses como campos, como espacios de juego, históricamente contruidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propios” (BOURDIEU, 1993, p. 108).
- 16 Vale recordar la ausencia del Trabajo Social uruguayo en los últimos Encuentros organizados en la región por las Asociaciones gremiales y académicas más relevantes, máxime aún teniendo en cuenta el período de “refundación” por el cuál éstas atraviesan.

- 17 Si bien estos datos hablan también de la progresiva democratización del acceso a estudios terciarios, en una visión más global sería importante conocer cómo estas variables inciden en los resultados académicos de los estudiantes.
- 18 Entrevista al Prof. Gerardo Sarachu, integrante del equipo docente de la asignatura Trabajo Social correspondiente al primer año de la licenciatura. La entrevista fue realizada el 18.11.04 por la Lic. Alejandra Melgar en el marco de la elaboración de su Monografía Final de Grado. Incluida en su totalidad en el Anexo 9 de la misma, p. 115-116.
- 19 Puede resultar antipático lo que a continuación diremos, pero también y a modo de hipótesis, para campos externos y sus agentes, el título habilitante de Trabajador Social, podría ser “descalificado” en la medida que accederían a él personas sin “calidad social”, dada su extracción de clase ya descriptas en párrafos anteriores. Parecería que el título vale por lo que “valen” las personas que lo detentan. Buscando otras formas de expresión, si una profesión recluta a aquellos que provienen en general de segmentos sociales empobrecidos parecería que, como tal, se encuentra descalificada, lo que se contradice con la aspiración de una Universidad abierta a todos. Algo similar ocurre con la inflación de los cursos de posgrados a nivel internacional: más desvalorizados cuando no solo “iluminados” acceden a él, es decir, cuando su acceso es más democrático (BOURDIEU *apud* MARRERO; VISCARDI, 2003, p. 475). Aquellos vinculados a la Facultad de Ciencias Sociales sabemos que algo de ello se insinúa en diversas instancias de co-gobierno.

Mónica De Martino Bermúdez

monicad@fcs.edu.uy
mdemar@adinet.com.uy

Celmira Bentura

celmirab@adinet.com.uy

Alejandra Melgar

amega@adinet.com.uy

Departamento de Trabajo Social
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República (Udelar)
Constituyente 1502 4º Piso
CP 11200
Montevideo - Uruguay